

Puerta monumental de la Explanada

de la Exposición (veintitrés actualmente) no hay más que dos que merezcan la calificación de monumentales: la puerta del muelle de Orsay y la llamada puerta Rapp.

En el muelle de Orsay, las columnas indican bastante bien que se va á entrar en las Colonias: hasta diríase de lejos que una administración previsora ha puesto en estas columnas enormes termómetros. Mujeres desnudas, con sus senos de pomas hinchadas (esculpadas por supuesto), cabalgan en proas de barco, los antiguos rostros: una de ellas tiene en la mano una pagaya; la otra redondea una vela. Es grato á la vista, aunque de un gusto bastante raro.

La puerta de la avenida Rapp produce el efecto exacto de una entrada de estación y desde luego se busca el reloj. Es el triunfo de la severidad rectilínea; sino que modera un tanto esta grave impresión el singular aspecto que toma á la derecha la torre Eiffel, perfilada por encima de la cúpula de Bellas Artes. Cuando estéis allí, decid á la dama que acompañéis, designándole este espectáculo: «El huevo y su sopita.» Es chocante.

A las inmediaciones de estas puertas, á lo largo de los muelles, hasta en la plaza de la Concordia, corriendo tras los carruajes, metiéndose entre los equipajes, acercándose á las tapiceras, acechando los barcos, por donde quiera veréis al vendedor de billetes, á 60, á 50, á 40 céntimos. ¡Tickets! ¡Tickets para la Exposición! Su figura verdaderamente parisiense surge de detrás de un árbol, de un kiosco, de una columna de alumbrado; parece que sale de la tierra súbitamente á nuestros mismos pies para ofrecernos su mer-

la estación que fuera de ella, y que todos se engañan de puerta para entrar en la Exposición, en términos que un agente de orden público, que presta servicio allí fijo, pasa la vida diciendo: «Por aquí no; por allá.»

Ahora bien, para complicar el movimiento que necesita esta bifurcación, la administración, pródica y paternal, ha hecho colocar un enorme montón de guijarros inamovibles entre las dos puertas susodichas. Con esto, los que ignoran la gimnástica se ven obligados á hacer un rodeo. En lugar de estos guijarros, me parece que M. Alphand podría poner allí un poste con un indicador, que sería ciertamente menos original, pero más práctico: me parece. Por otra parte, de todas las puertas y postigos

cancia. También hacen este comercio algunas mujeres; pero con más timidez ó con menos audacia. Se estacionan en la cabeza de un puente y desde allí anuncian sus billetes. Es verdaderamente un arrastrado comercio. Por aquí y por allá venden otros torres Eiffel, boinas adornadas con una torre Eiffel bordada, mangos de pluma de diminuto estereoscopio mostrando la torre Eiffel.

En una baraunda que se forma junto á las grandes puertas, se puede ver á la vendedora de *binion* portátil: se sopla é hinche un globo elástico, se suelta al aire, y por poco que se sepa agitar los dedos en las llaves de un tubo, se obtienen modulaciones escocesas, bretonas ó auvernienses.

Hasta hay un señor que vende medias, muy puesto de sombrero de copa, reluciente como si fuera de charol.

Más lejos reaparece el coco, no el vendedor de cocos, que llevaba su abigarrado sistema á la espalda, no, este ha desaparecido; sino otro quidam detrás de una mesita, sobre la cual brilla la nueva é inofensiva bebida.

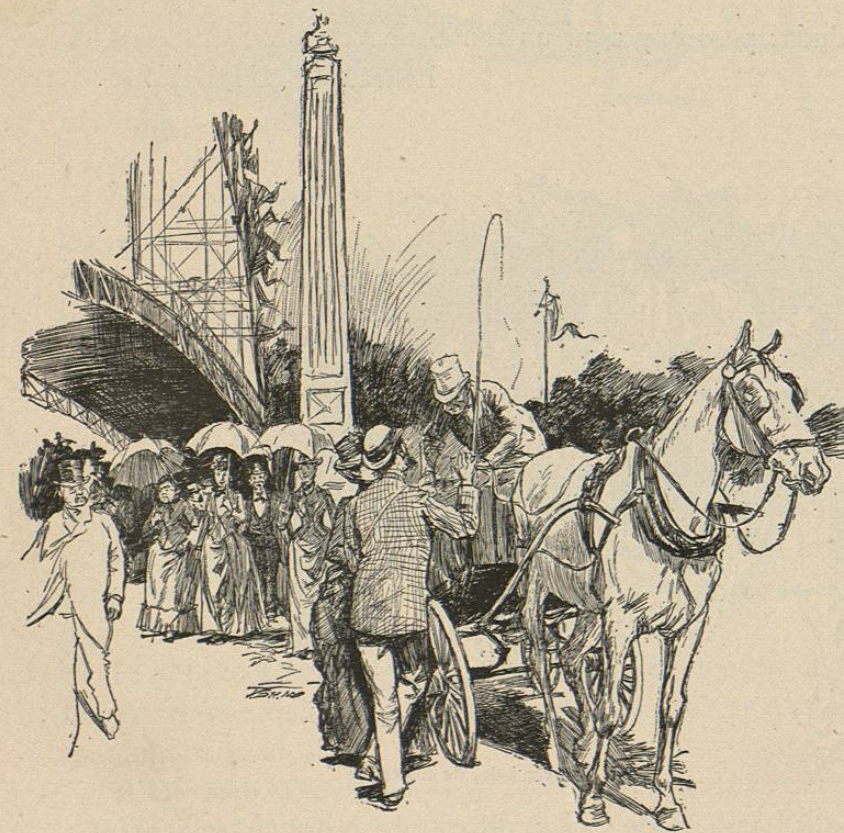


Un cochero de fiacre

Por allí andan también los vendedores de *sandwichs*, de pastelillos, de botellas de vino y otros comestibles y *bebestibles*, ofreciendo sus artículos hasta por encima de las barreras de la Exposición, en el puente de los Inválidos, en el puente de Jena, en la avenida del Burdonés.

Habría que escribir páginas de monografías sobre todos estos pequeños oficios suscitados ó resucitados por la Exposición.

Para volver del Campo de Marte ó de la Explanada de los Inválidos, la locomoción ofrece las mismas dificultades que para ir, y todavía se complica. Los barcos se toman al



En el puente de Alma



abordaje: parece que cada viajero va armado con un hacha en la mano derecha y una pistola en la izquierda, llevando además entre los dientes una daga ensangrentada: la furia es indescriptible, y aun descrita parecería inverosímil. Tómanse al asalto los ómnibus y tranvías: creeríase que cada asaltante pretende poner una pica en Flandes, es decir, plantar un estandarte en el imperial del vehículo.

Recuerdan estas guerras los peores *Catorce de julio* de nuestra historia; porque la multitud venida de los cuatro puntos cardinales sale casi á hora fija, á la de comer, por ejemplo, ó al acabar la fiesta nocturna.

Un poeta que adora la Exposición, pero á quien no sopla la fortuna, como las castas musas, me decía:

«A fuerza de reflexiones, de cálculos y de estudios filosóficos y sociales, he podido encontrar un medio infalible de locomoción en una época terrible en que el fiacre es inabordable, el ómnibus está lleno siempre, consagrada á las familias la tapicera y los barcos-moscas no parecen sino buena presa en manos de feroces ribereños, que no dejan ningún sitio á los poetas.

»Este medio infalible es doble también: son dos objetos de diez y ocho á veinticinco centímetros de longitud, un poco abultados hacia en medio, con cinco puntas por delante y una fuerte redondez por detrás, más dos sólidas bolas á los lados.

»Estos dos objetos van encerrados en una envoltura de algodón ó de seda, y en otra de cuero, barnizado ó embetunado, á elección del consumidor. Pónense bonitamente en el suelo y se les hace avanzar uno tras otro y os llevan á la Exposición y os traen á vuestra casa ó adonde queráis. Su empleo es fatigoso, pero seguro, infalible; y los tenéis á vuestra disposición, al alcance de la mano, donde quiera que estéis... Son los pies.»

El poeta exageraba sin duda; pero hay aquí un fondo de verdad.

EMILIO GOUDEAU



Un vendedor de tickets



FUENTES  
LUMINOSAS

Desde las seis de la tarde, en cuanto el cañonazo reglamentario ha hecho el vacío en los palacios y pabellones, se ve alrededor de la fuente central producirse extraordinario movimiento en los paseantes, que acuden á instalarse de la manera más conveniente para ver el espectáculo.

Al último acorde de las músicas militares, se dan buena prisa y mejor maña los empresarios de sillas en traerlas de los jardines donde están diseminadas y colocarlas en siete ú ocho hileras á los tres lados del estanque.

Los recién llegados toman cómodamente posición por aquí y por allá por pequeños grupos más ó menos espaciados á su gusto y conveniencia. Nadie incomoda á otro; todos se han provisto de víveres, atacando en son de asalto los kioscos de comestibles, por su dinero, por supuesto: se está en partida de recreo y se come y se bebe alegremente en paz y en gracia de Dios, en buen hora se diga.

Pero poco á poco se activa la invasión: las fondas de la Exposición vomitan su gentío; las filas se rellenan y se estrechan, y los pobres gastrónomos al aire libre se ven un tanto embarazados.

A las ocho la multitud es ya compacta, y nada tan divertido como el espectáculo de este inmenso gentío desde lo alto de la Torre Eiffel. Primero es un semillero de manchas negras entre las sillas de amarillo de ocre; luego se extienden estas manchas, se penetran,